

A C A N T I L A D O

Stefan Zweig

Una boda en Lyon

TRADUCCIÓN DE BERTA VIAS MAHOU



# **UNA BODA EN LYON Y OTROS RELATOS**

**STEFAN ZWEIG**

TRADUCCIÓN DEL ALEMÁN  
DE BERTA VIAS MAHOU



ACANTILADO  
BARCELONA 2020

TÍTULO ORIGINAL

*Die Hochzeit von Lyon / Ein Mensch, den man nicht vergisst / Zwei Einsame / Die Wanderung*

Publicado por  
ACANTILADO  
Quaderns Crema, S.A.

Muntaner, 462 – 08006 Barcelona  
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956  
correo@acantilado.es  
www.acantilado.es

© de *Die Hochzeit von Lyon und andere Erzählungen*,  
1927 by Atrium Press Ltd.

© de «Ein Mensch, den man nicht vergisst», 1946 by Atrium Press Ltd.

© de «Zwei Einsame», 1901 by Atrium Press Ltd.

© de «Die Wanderung», 1902 by Atrium Press Ltd.

All rights controlled by Atrium Press London

Este libro ha sido negociado a través de International Editors' Co.  
Agencia Literaria

© de la traducción, 2020 by Berta Vias Mahou

© de esta edición, 2020 by Quaderns Crema, S.A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:  
Quaderns Crema, S.A.

ISBN: 978-84-17902-47-6

PRIMERA EDICIÓN DIGITAL

*febrero de 2020*



Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro— incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos

# **UNA BODA EN LYON**

El 12 de noviembre de 1793 Barère proclamó en la Asamblea Nacional francesa aquel edicto fatal contra la traidora ciudad de Lyon, que al fin había sido tomada al asalto. Concluía con estas lapidarias palabras: «Lyon se opuso a la libertad. Lyon ya no existe». Los edificios de la levantisca ciudad, así lo exigió, debían ser derruidos, sus monumentos convertirse en cenizas y hasta su nombre desaparecer. Ocho días vaciló la Asamblea antes de aprobar una destrucción tan completa de la segunda ciudad más grande de Francia. E incluso después de haberlo firmado, Couthon, el comisario del Pueblo, convencido de la secreta conformidad de Robespierre, sólo puso en práctica aquella orden erostrática con indolencia. Para guardar las apariencias, reunió con gran pompa al pueblo en la plaza de Bellecour, y con un martillo de plata golpeó simbólicamente los edificios destinados a ser demolidos, pero la pala penetró en aquellas magníficas fachadas sólo de manera vacilante, y la guillotina practicó su bronco y estruendoso descenso de manera todavía frugal. Tranquilizada ante esta inesperada indulgencia, la ciudad, ferozmente enardecida por la guerra civil y por un asedio de varios meses, se fue atreviendo a respirar otra vez esperanzada, cuando de pronto el humano e indeciso tribuno fue retirado del puesto y en su lugar, en Ville-Affranchie—como se llamó a partir de entonces Lyon en los decretos de la República—, aparecieron Collot d’Herbois y Fouché, ataviados con la banda de los comisarios del Pueblo. De la noche a la mañana, lo que se pensó que simplemente sería un patético decreto disuasorio se convirtió en una cruda realidad. «Hasta ahora, aquí no se ha hecho nada», denunciaba impaciente el primer informe de los nuevos tribunos a la Asamblea, con el fin de demostrar su energía patriótica y de hacer recaer la sospecha sobre sus tibios predecesores. Y enseguida se pusieron en marcha las atroces ejecuciones que Fouché, el «*mitrailleur de Lyon*», cuando más tarde se convirtió en duque de Otranto y en el defensor de todos los principios legítimos, no permitió que se le recordaran.

En lugar de la pala, que colocaba el mortero con lentitud, ahora las minas de pólvora dinamitaban filas enteras de los más soberbios edificios de la ciudad. En lugar de la guillotina, «dudosa e insuficiente», los fusilamientos en masa y el fuego de metralla despachaban con una salva a cientos de condenados. Endurecida por medio de nuevos y acerados decretos diarios, la justicia traspasó todos los límites, segando como una guadaña, día tras día, su gigantesco haz de seres humanos. Ya hacía tiempo que el Ródano, que fluía alejándose de allí con rapidez, se ocupaba del trabajo—por lo general demasiado lento—de amortajar y dar sepultura a los cadáveres. Hacía tiempo que las cárceles no bastaban para la gran cantidad de sospechosos, de modo que los sótanos de los edificios públicos, de las escuelas y de los conventos se convirtieron en el lugar de residencia de los condenados. Por supuesto, en un lugar de residencia tan sólo fugaz, pues la guadaña seguía golpeando con precisión y rara vez la paja calentaba el mismo cuerpo durante más de una noche.

Un día de intenso frío de aquel mes sangriento, una nueva cuadrilla de condenados fue arrastrada hasta los sótanos del Ayuntamiento para pasar allí juntos unas pocas y trágicas horas. Al mediodía los habían conducido uno por uno ante los comisarios, y su destino fue despachado tras un breve interrogatorio. En ese momento los sesenta y cuatro reos, hombres y mujeres, estaban sentados en una confusión absoluta en aquella oscuridad de bóvedas bajas que olía a cubas de

vino y a moho, y que un escaso fuego de chimenea en la habitación delantera, más que calentar, tan sólo coloreaba. La mayoría, soñolientos, se habían arrojado sobre los sacos de paja. Algunos, sentados a la única mesa de madera que les permitían tener y a la trémula luz de las velas, escribían apresuradas cartas de despedida, sabiendo que su vida se habría apagado antes de que en aquel frío espacio lo hiciera la llama de azules temblores. Sin embargo, ninguno de ellos hablaba más que en susurros, de modo que en el silencio helado de la calle la sorda explosión de las minas, a la que seguía el inmediato desplome de los edificios, retumbaba con nitidez. Pero la ensordecedora velocidad de los acontecimientos había arrebatado a los que se veían sometidos a aquella prueba toda capacidad de sentir y de pensar con claridad. Sin moverse, sin decir una sola palabra, la mayoría de ellos estaban reclinados en la oscuridad como en el sueño que precede a la tumba, sin esperar nada y sin sentir emoción alguna hacia los vivos.

De pronto, hacia la hora séptima de la tarde resonaron unos pasos fuertes y enérgicos junto a la puerta. Los pestillos restallaron. Y el cerrojo oxidado chirrió al abrirse. De manera instintiva, se incorporaron todos de un brinco. ¿Acaso, contra la triste costumbre de concederles aún una noche, ya había llegado su hora? En la corriente de aire frío que se coló al abrirse la puerta, la llama azul de la vela tembló como si quisiera escapar de su cuerpo de cera, y con ella, palpitante, el miedo se lanzó al encuentro de lo desconocido. Pero pronto aquel temor provocado de manera tan repentina se disipó. El carcelero sólo traía una nueva y tardía hornada, aproximadamente unas veinte personas, a las que hizo bajar las escaleras sin decir una palabra y sin indicarles un lugar concreto en aquel espacio abarrotado. Después, la pesada puerta de hierro volvió a cerrarse con un gemido.

Los prisioneros miraron a los recién llegados sin la menor simpatía, pues algo tan extraño es muy propio de la naturaleza humana, que en cualquier parte se adapta a toda velocidad e incluso en las más precarias circunstancias se siente no sólo como si estuviera en su casa, sino también en su derecho. Así que, de manera instintiva, los que habían llegado antes consideraban ya aquella estancia mal ventilada y con olor a podrido, el saco de paja cubierto de moho, el espacio en torno al fuego, como si fueran de su propiedad, y cada uno de los recién llegados les parecía un intruso al que había que reducir. Por su parte, aquellos a los que acababan de llevar hasta allí podían percibir claramente la fría hostilidad de sus predecesores, por más insensata que resultara en aquella hora mortal, pues, cosa extraña, no intercambiaron con sus compañeros de destino ni un saludo ni palabra alguna, no exigieron una parte de la mesa ni de la paja, sino que, sin decir nada, hoscos, se apretujaron en un rincón. Y si antes el silencio se había cernido atroz sobre aquella cueva, ahora su efecto resultaba todavía más lúgubre por culpa de la tensión de aquel sentimiento provocado de forma tan absurda.

Un grito tanto más sonoro, nítido y como surgido de otro mundo rasgó de pronto el silencio. Un grito claro, casi involuntario, que de manera irresistible arrancó hasta al más indiferente del silencio y del abatimiento en el que se hallaban. Una muchacha, entre los que acababan de llegar, había dado un salto brusco y repentino. Y fue ella también la que, con los brazos extendidos como quien está a punto de desplomarse, y gritando estremecida «¡Robert, Robert!», se precipitó al encuentro de un joven que, apartado de los demás, había permanecido junto a las rejas de una ventana y ahora también corría hacia ella. Y aquellas juveniles siluetas ya habían prendido cuerpo contra cuerpo, boca contra boca, como dos llamas de un mismo fuego, ardiendo de forma tan tierna el uno junto al otro que las lágrimas derramadas de manera impetuosa por el arrobo del uno inundaron las mejillas del otro y sus sollozos surgieron como de una única garganta que reventara.

Cuando se soltaron por un instante, sin poder creer que de verdad se tocaban y asustados frente a lo excesivo que les resultaba aquel destino por completo inverosímil, un nuevo abrazo volvió a unirlos de inmediato, si es posible de manera aún más abrasadora. Lloraron y sollozaron y hablaron y gritaron en un solo aliento, como si estuvieran totalmente solos en la infinitud de su emoción y por completo ajenos a todos los demás, que, sorprendidos y reanimados gracias a aquel asombro, se acercaron inseguros hacia ellos.

La joven había trabado amistad desde la niñez con Robert de L..., hijo de un alto funcionario municipal, y hacía unos meses que se habían prometido. En la iglesia ya se habían presentado las amonestaciones, y se había fijado su enlace justo para aquel día sangriento en el que las tropas de la Asamblea habían irrumpido en la ciudad. Entonces el deber obligó a su prometido, que había luchado en el ejército de Percy contra la República, a acompañar al general realista en su desesperada maniobra. Durante semanas no hubo noticias de él, y ella ya se había atrevido a imaginar que debía de haberse salvado pasando felizmente la frontera suiza, cuando de pronto un secretario del Ayuntamiento le informó de que unos soplones habían descubierto que se escondía en una casa de labranza, y que el día anterior lo habían conducido ante el tribunal revolucionario. Apenas se enteró la intrépida muchacha de la detención y de la indudable condena de su prometido, cuando, con esa mágica e incomprensible energía que la naturaleza concede a las mujeres en los instantes de supremo peligro, logró lo imposible: abrirse paso hasta los inaccesibles tribunos populares con el fin de pedir clemencia para su prometido. Collot d'Herbois, el primero ante cuyos pies se arrojó, la había despachado con acritud, diciendo que no concebía indulgencia alguna para con los traidores. Después había corrido a ver a Fouché, quien, de manera no menos dura que el anterior, pero más hipócrita en los medios empleados para no sucumbir a la emoción que le embargó al ver a aquella joven desesperada, mintió diciendo que le hubiera gustado interceder en favor de su prometido, pero que veía—y al decirlo, el taimado embaucador de almas echó un indolente vistazo a través del monóculo a una hoja cualquiera y sin importancia—que Robert de L... ya había sido fusilado aquel mismo mediodía en los campos de Brotteaux. El muy astuto logró engañar por completo a la joven, quien de inmediato creyó que su prometido estaba muerto. Pero, en lugar de entregarse como cualquier otra mujer a un dolor inerte, indiferente frente a una existencia que para ella carecía ahora por completo de sentido, se arrancó la escarapela del cabello, la pisó con ambos pies y, a gritos, de modo que su voz retumbó a través de todas las puertas abiertas, llamó a Fouché y a sus hombres—que corrieron hacia allí a toda velocidad—miserables vampiros, verdugos y cobardes criminales. Y mientras los soldados la maniataban y la arrastraban fuera de la habitación, la joven aún pudo escuchar cómo Fouché dictaba a su secretario, un hombre picado de viruelas, la orden de detención contra ella.

Pero todo aquello—así lo contó la apasionada muchacha casi con alegría a los circunstantes—ella ya no lo había experimentado como algo real e importante. Al contrario, un tumultuoso sentimiento de alivio la había embargado al pensar que rápidamente podría seguir a su ajusticiado prometido. Durante el interrogatorio no había respondido a ninguna de las preguntas. Con tanta fuerza resonaba alegremente en su interior el saber que su fin estaba próximo. Sí, y ni siquiera había levantado del todo los ojos mientras la arrastraban hasta allí con aquella última cuadrilla. Pues qué habría podido ella hacer en este mundo cuando sabía que su amado estaba muerto y ella misma ya se acercaba a él llena de dicha por seguir la misma suerte. Por eso se había quedado en un rincón sin sentir interés alguno, hasta que su mirada, apenas acostumbrada a la oscuridad, se había visto sorprendida por la actitud de un joven que se apoyaba pensativo en la ventana, de una

manera extraordinariamente parecida a como su prometido solía quedarse con la mirada perdida. Con violencia se había prohibido a sí misma ceder a una esperanza tan absurdamente engañosa, pero de todos modos se había levantado. Y justo en aquel instante él había avanzado a su vez, hasta quedar dentro del círculo de luz de la vela. Pero no entendía, añadió aún más estremecida por la emoción, cómo es que no se había muerto del susto en aquel hiriente segundo, pues había sentido con claridad que el corazón le saltaba del pecho como si de pronto cobrara vida, al ver vivo ante ella a aquel a quien hacía tiempo que daba por perdido.

Mientras contaba esto a toda prisa, ni por un momento su mano dejó la de su prometido. Mirándole fijamente, como si aún no estuviera del todo segura de su presencia, volvía a estrecharle una y otra vez, y aquella conmovedora escena de juvenil efusión impresionó en extremo a sus compañeros de infortunio. Y aunque estaban aletargados y exhaustos, y se habían vuelto indiferentes e insensibles frente a cualquier sentimiento, se apiñaron todos a la vez y con apasionada vivacidad en torno a aquella pareja reunida de modo tan singular. Cada uno de ellos olvidó su propio destino a la vista de aquel otro, extraordinario. Todos y cada uno cedieron voluntariamente a la necesidad de decirles unas palabras de aliento, de apoyo o incluso de compasión, aunque con una suerte de embriagado orgullo la fogosa muchacha rechazó toda muestra de lástima. No, era feliz, inmensamente feliz, ahora que sabía que moriría a la misma hora que su amado, y nadie debía lamentarlo. Tan sólo había una cosa que menoscababa su felicidad, y era el tener que presentarse junto a él ante Dios bajo un nombre extraño y no como su legítima esposa.

Dijo aquello de una manera del todo inocente y sin intención alguna, y ya casi lo había olvidado por completo, entregándose de nuevo al abrazo del amado. Por eso no se dio cuenta de que, conmovido en lo más hondo por su deseo, un compañero de armas de Robert se deslizó a hurtadillas hacia un lado y empezó a susurrarle algo en voz baja a un hombre mayor, al que las palabras musitadas parecieron impresionarle mucho, pues enseguida se levantó con esfuerzo y se dirigió fatigosamente hacia donde se encontraban aquellos dos. Que era, dijo dirigiéndose a ellos, lo que sin duda no se podía sospechar por sus ropas de campesino, un sacerdote abjurado de Toulon y que le habían detenido a causa de una denuncia. Que, aunque no llevaba sus ropas sacerdotales, sentía inalterables en su interior su ministerio y su poder como eclesiástico. Y que, como las amonestaciones de ellos dos hacía tiempo que habían sido presentadas y, por otro lado, la condena no admitía demora, le gustaría encargarse de cumplir de inmediato aquel deseo suyo del todo legítimo y, poniendo por testigos a sus compañeros y a Dios, presente en todas partes, unirlos allí en matrimonio.

Sorprendida porque de nuevo se cumpliera un deseo que jamás hubiera creído que pudiera llegar a hacerse realidad, la joven miró indecisa a su prometido. Él contestó con una mirada radiante. Entonces la muchacha dobló las rodillas sobre las duras baldosas, besó la mano del sacerdote y rogó que el enlace se llevara a cabo en aquella estancia indigna, pues sentía la conciencia limpia y colmada por la santidad del momento. Los demás, hondamente conmovidos por el hecho de que aquella antesala de la muerte mal ventilada fuera a convertirse por unos instantes en una iglesia, quedaron impresionados por la emoción de la novia y con esfuerzo trataron de ocultar la suya propia, entregándose a una actividad impetuosa y variada. Los hombres acercaron las pocas sillas que había allí y las pusieron en filas, colocaron los velones alineados en torno al crucifijo y acercaron también la mesa para que hiciera las veces de altar. Las mujeres, entretanto, trenzaron con rapidez una delgada corona con las pocas flores que algunas manos



misericordiosas les habían dado por el camino hasta allí y se la pusieron a la muchacha en la cabeza. Mientras tanto, el sacerdote se retiró con el que había de ser su marido al cuarto contiguo. Primero le tomó a él en confesión. Después, a ella. Y cuando ambos se aproximaron al improvisado altar, por unos minutos se produjo un silencio tan pleno y tan extraño que de pronto el soldado que se encontraba de guardia, creyendo que tramaban algo, abrió la puerta de golpe y entró. Cuando se percató de lo extraordinario de aquellos preparativos, de manera instintiva su oscuro rostro de campesino mostró una expresión seria y respetuosa. Se quedó de pie junto a la puerta, sin molestar, y así él mismo fue testigo silencioso de aquellas insólitas nupcias.

El sacerdote compareció ante la mesa, y en pocas palabras explicó que en cualquier parte en la que hubiera personas que quisieran unirse a Dios con humildad habría una iglesia y un altar. Después se puso de rodillas, y todos los presentes lo hicieron también. Reinaba un silencio tal que ni siquiera las velas se movían. Entonces el sacerdote preguntó si ambos querían unirse en la vida y en la muerte. Con voz firme, los dos contestaron: «En la vida y en la muerte». Y la palabra *muerte*—sentida hasta ese momento como algo espantoso—resonó clara y nítida, y atravesó el espacio en silencio, sin que temor alguno les hiciera estremecerse. Después, el sacerdote juntó sus manos y pronunció las palabras de unión: «*Ego auctoritate sanctæ matris Ecclesiæ qua fungor, conjungo vos in matrimoniam in nomine Patris et Filii et Spiritus sancti*».

Con ello había terminado la ceremonia. Los recién casados besaron la mano al sacerdote, y cada uno de los condenados se acercó a transmitirles unas palabras de afecto. Nadie pensó en aquel instante en la muerte, y los que la sentían muy cerca tampoco experimentaron miedo.

Entretanto, el amigo que había hecho las veces de testigo durante el enlace estuvo hablando en voz baja con algunas personas, y pronto se notó que de nuevo se desplegaba una extraordinaria actividad. Los hombres llevaron los sacos de paja hasta el pequeño cuarto contiguo. Los recién desposados, entregados enteramente al increíble acontecimiento, no se habían percatado en absoluto de los preparativos, cuando el amigo se acercó a ellos y, sonriendo, les comunicó que tanto a él como a sus compañeros de infortunio les hubiera gustado hacer a la pareja un regalo en el día de su boda. Pero qué don terreno les quedaba a quienes no podían siquiera conservar su propia vida. De modo que querían ofrecerles lo único que podía regocijar y resultar precioso para unos recién casados: el silencio solitario de una noche de bodas, la última. Preferían estar aún un poco más apretados en el espacio de fuera, para que a ellos la habitación más pequeña les perteneciera por completo.

—Aprovechad las pocas horas que nos quedan—añadió—. No nos devolverán ni un solo aliento de vida. A quien en tales momentos aún le es concedido el amor debe gozar de él.

La joven enrojeció hasta lo más hondo de sus cabellos, pero su esposo miró con franqueza al amigo a los ojos y, conmovido, sacudió aquella mano fraternal. No dijeron una sola palabra. Tan sólo se miraron. Y así sucedió que, sin una orden expresa, los hombres formaron filas en torno al novio y las mujeres alrededor de la novia y, elevando los cirios con solemnidad, los acompañaron hasta el aposento que la muerte les había reservado, sin saber que, a partir de un sentimiento de compasión tan grande, recreaban un antiguo rito matrimonial.

Sin hacer ruido, cerraron la puerta tras los esposos. Nadie se atrevió a pronunciar una sola palabra indecorosa ni a hacer una sucia broma acerca del próximo encuentro nupcial, pues una emoción extraordinariamente solemne plegó sus mudas alas sobre todos ellos desde el momento en que, impotentes ellos mismos frente al destino, aún podían deparar a otros un poco de felicidad. Y en su interior, cada uno de ellos se sintió agradecido por aquella benefactora

distracción ante su propia e inevitable suerte. Así, los condenados, desperdigados en medio de la oscuridad, despiertos o soñando, se echaron en sus sacos de paja hasta la madrugada, y sólo rara vez un suspiro atravesó aquel espacio rebosante de alientos perdidos.

Cuando a la mañana siguiente entraron los soldados para conducir a los ochenta y cuatro condenados al lugar en el que los iban a ajusticiar, los encontraron ya a todos despiertos y totalmente preparados. Tan sólo la habitación contigua, donde se hallaban los esposos, permanecía en silencio. Ni siquiera el fuerte golpe del cerrojo había despertado a aquellos dos seres exhaustos. De modo que el padrino se acercó rápidamente hasta allí sin hacer ningún ruido, para que no fuera el verdugo quien despertara a la feliz pareja de manera brutal. Yacían en un relajado abrazo, la mano de ella como olvidada bajo la nuca de él, que estaba echado boca arriba. Incluso en el blando entumecimiento del sueño, sus rostros brillaban con tal dicha que al padrino, movido por la compasión, le resultó difícil turbar semejante paz. Pero no podía vacilar y, exhortándole a que se diera prisa, le tocó primero a él, que abrió los ojos extasiado, aunque enseguida se percató de la situación y con ternura levantó a su compañera del lecho. Ella alzó la vista, asustada como un niño, pero sólo por el brusco emerger a la glacial realidad. Entonces le sonrió comprensiva: «Estoy preparada».

De manera instintiva, cuando ambos aparecieron cogidos de la mano todos les hicieron sitio, y así, sin ponerse de antemano de acuerdo, resultó que los recién casados abrieron la marcha de los reos hacia la muerte. En esta ocasión, la gente, aun acostumbrada como estaba a la vista diaria de aquellas tristes cuadrillas, contempló el singular cortejo maravillada, pues de aquellos dos seres que lo abrían, el joven oficial y la muchacha ataviada con una corona nupcial, irradiaba una serenidad tan poco común que hasta las almas más insensibles se dieron cuenta, llenas de respeto, de que allí se encerraba un profundo misterio. Pero tampoco los demás condenados pisoteaban el suelo arrastrando los pies al trote, tal como suelen hacer aquellos a quienes se conduce al patíbulo, sino que todos ellos contemplaban fijamente a aquellos dos seres, cuyos deseos se habían cumplido de manera inesperada en tres ocasiones, con una mirada ardiente y con la desesperada esperanza que albergaban de que una vez más, sólo una más, se produjera un milagro para aquellos dos afortunados, con lo que todos ellos se salvarían de una muerte segura.

Pero la vida ama sólo lo prodigioso. Y se ahorra los verdaderos milagros. Entonces en Lyon ocurrió lo que todos los días. El cortejo fue conducido a través del puente hacia las tierras pantanosas de Brotteaux, donde les esperaban doce pelotones de infantería, tres disparos de fusil para cada persona. Los pusieron en fila. El estampido de una única salva los hizo caer a todos al suelo. Después, los soldados arrojaron los cadáveres cubiertos de sangre al Ródano, cuya corriente rápida e impasible se tragó el rostro y la suerte de aquellos desconocidos. Tan sólo la corona nupcial, que se había desprendido con facilidad de la cabeza de la muchacha al hundirse ella en el agua, flotó aún algún tiempo, extraña y sin sentido, sobre las olas. Al final también la corona desapareció, y con ella, y por mucho tiempo, la memoria de aquella noche de amor que escapó de los labios de la muerte, y que por ello merece ser recordada.

# **LA CAMINATA**

*Al artista y amigo E. M. Lilien.*

Oscuros rumores habían corrido por el país. Y extrañas palabras, como si hubiera llegado el momento y el Mesías estuviera cerca. Cada vez con mayor frecuencia, hombres procedentes de Jerusalén llegaban a las localidades más pequeñas de Judea y hablaban de señales y milagros que se habían producido allí. Y cuando se juntaban unos pocos, bajaban la voz para contar misteriosas nuevas acerca del extraño hombre al que llamaban Maestro. En todas partes se les escuchaba con gusto y se les creía con ansioso optimismo, pues la nostalgia por el Salvador era apremiante y había madurado en el pueblo como una flor cuyo cáliz revienta. Y cuando alguno aludía a las promesas de los libros sagrados, se pronunciaba su nombre y un resplandor de esperanzada alegría centelleaba en las miradas.

Por entonces vivía también en aquella provincia un joven de corazón piadoso colmado de expectación. Invitaba a entrar en su casa a los pobres peregrinos que venían de Jerusalén para que le informaran sobre el Redentor. Y cuando hablaban sobre Él y sobre sus milagrosas acciones y palabras, aquel joven sentía un dolor sordo en el corazón, pues sus deseos de ver el rostro del Salvador se volvían impetuosos y violentos. Noche y día soñaba con él, y su infatigable añoranza recreaba miles de imágenes de aquel rostro de bondad y de ternura infinitas, si bien intuía que no eran más que copias balbuceantes de una absoluta perfección. Y le parecía que toda la impaciencia y la aflicción de su joven alma habrían de desvanecerse si tan sólo una vez fuera capaz de resistir la gloria esplendente que emanaba del Señor. Sin embargo, aún no se atrevía a abandonar su patria y su trabajo, que eran su sustento, y a seguir el camino que le indicaba su añoranza.

Pero en una ocasión despertó súbitamente de un sueño en mitad de la noche. No era capaz de acordarse de si le había hecho feliz o le había causado dolor. Sólo sintió que alguien lo llamaba desde lejos. Y supo que era el Redentor. En medio de la más impenetrable de las oscuridades, creció en él la súbita determinación de que no podía seguir vacilando y de que debía ver el rostro de su Señor. El vehemente impulso fue tan poderoso e intenso que se vistió de inmediato, cogió un recio bastón de paseo y, sin decirle una palabra a nadie, salió de la casa adormecida y se puso en marcha hacia Jerusalén.

La clara luz de la luna se reflejaba en el camino, y la sombra de su apresurada figura corrió ante él, pues su paso era ligero y casi angustiado. Parecía como si en aquella única noche quisiera recuperar el tiempo perdido durante tantos meses de indecisión. Temblaba ante una idea que apenas se atrevía a formular: que fuera demasiado tarde y no encontrara ya al Redentor. Y en ocasiones le estremecía también el temor a equivocarse de camino. Pero entonces se acordaba del ferviente milagro del que había oído hablar: a tres reyes de un remoto país una estrella luminosa los había guiado a través de la oscuridad. Y entonces aquel peso volvía a abandonar su alma y su paso rápido resonaba seguro y firme sobre la dura senda.

Durante horas siguió así, corriendo. Después se hizo de día. Lentamente la niebla se levantó y mostró las serranías llenas de colores con sus montañas remotas y sus resplandecientes casas de labor, que invitaban a descansar. Pero él no se detuvo en su caminata, sino que, incansable, siguió

avanzando. Poco a poco, el sol fue ascendiendo y un caluroso día se extendió, plomizo, sobre la tierra.

Pronto su paso se volvió más lento. De su cuerpo goteaban claras perlas de sudor, y el pesado ropaje de los días de fiesta comenzó a oprimirle. Primero se lo puso sobre los hombros, para conservarlo, y siguió caminando más miserablemente vestido. Pero pronto empezó a sentir la molestia de la carga y ya no supo lo que debía hacer con aquellas vestiduras. No quería deshacerse de ellas, pues era pobre y no tenía otras ropas de fiesta, de modo que pensó venderlas en la próxima aldea o empeñarlas a cambio de algún dinero. Pero cuando un mendigo, avanzando penosamente, se acercó por el camino, pensó en su lejano Maestro y regaló al pobre aquella ropa.

Durante un breve período de tiempo caminó otra vez con mayor energía, aunque al cabo de un rato sus pasos se volvieron de nuevo más lentos. El sol ya se encontraba en lo alto y ardía. Las sombras de los árboles no eran más que estrechas líneas que caían sobre la calzada polvorienta. Muy rara vez un viento débil llegaba a través del paralizante bochorno del mediodía. Sin embargo, arrastraba consigo el polvo del camino, un polvo pesado, cargado de semillas, que se le pegaba al cuerpo cubierto de sudor. Y lo sintió también arder sobre sus labios resecos, que hacía rato que languidecían por tomar un sorbo. Pero la comarca era montañosa y estaba desierta. En ninguna parte se veía una fuente fresca o una casa hospitalaria.

En ocasiones, le dio por pensar si debía volver o al menos pararse a descansar unas horas a la sombra, pero una inquietud siempre creciente lo empujó a seguir hacia su meta con las rodillas vacilantes y los labios muertos de sed.

Entretanto llegó el mediodía. El sol, tórrido y punzante, abrasaba allá en el cielo sin nubes, y el sendero quemaba bajo las sandalias del caminante como si fuera metal derretido. Tenía los ojos rojos e hinchados por el polvo. Sus pasos se volvieron cada vez más indecisos, y la lengua seca ya no era capaz de devolver a los escasos viajeros que pasaban por allí el piadoso saludo de bienvenida. Hacía tiempo que todas sus fuerzas lo habían abandonado, pero era como si sólo la voluntad lo empujara hacia delante, y el miedo terrible a retrasarse y no ver el rostro resplandeciente que iluminaba sus sueños. Y la idea, burlona, de que se encontraba ya cerca de él, a tan sólo dos miserables horas de la ciudad santa, amenazaba con hacerle estallar el cerebro.

Se arrastró aún hasta una casa que se encontraba en el camino. Con sus últimas fuerzas lanzó el nudoso bastón de paseo contra la puerta, y con voz seca y casi inaudible pidió un trago a la mujer que le abrió. Después, perdió el conocimiento y se desplomó en el umbral.

Cuando volvió en sí, sintió de nuevo en sus miembros una energía segura y renovada. Se hallaba en una pequeña estancia de un frescor agradable, tendido sobre un diván. Y por doquier se apreciaban las huellas de una mano caritativa y diligente. Su cuerpo febril había sido lavado con vinagre y cuidadosamente frotado con unguento, y junto a su lecho se encontraba aún el recipiente con el que le habían confortado.

En lo primero que pensó fue en el tiempo que debía de haber transcurrido, y rápidamente saltó del diván para mirar el sol. Aún estaba alto, pues se encontraban tan sólo en las primeras horas de la tarde, de modo que no había perdido demasiado. En aquel momento la mujer que le había abierto la puerta entró en la habitación. Aún era joven y tenía aspecto de ser siria. Al menos sus ojos mostraban el brillo oscuro del ave rapaz de las mujeres de ese pueblo. Y sus manos y sus pendientes delataban la infantil alegría por el adorno propia de todas esas mujeres. Sus labios esbozaron una ligera sonrisa mientras le daba la bienvenida a su hogar.

Él le dio encarecidamente las gracias por su hospitalidad, pero no se atrevió a hablar de

inmediato de despedida, por más que a su corazón le urgía ponerse en camino. Y sólo de mala gana la siguió hasta la pieza que servía de comedor, donde ella le había preparado una colación. Allí le indicó con un gesto que se sentara, le preguntó por su nombre y por el propósito de su viaje, y pronto entablaron conversación. Ella empezó a hablar de sí misma. Le dijo que era la mujer de un centurión romano que se la había llevado de su tierra y la había traído hasta allí, donde la vida en medio de aquella monotonía, lejos de los de su tribu, no le agradaba demasiado. Hoy su marido iba a quedarse el día entero en la ciudad, pues Poncio Pilatos, el prefecto, había ordenado la ejecución de tres criminales. Y así, de manera atropellada, sin prestar atención a los gestos de intranquilidad e impaciencia que él hacía, le fue contando toda suerte de detalles sin importancia. Y en varias ocasiones le dedicó una mirada extraña y sonriente, pues era un joven hermoso.

Al principio no se dio cuenta de nada de esto, pues no se fijó en ella y dejó que sus palabras fluyeran ante él como una avalancha absurda. Toda su mente se perdió de nuevo en aquel único pensamiento: que debía seguir adelante para ver aquel mismo día al Redentor. Pero el fuerte vino que bebió sin darse cuenta transmitió a sus miembros pesadez y fatiga, y una vez saciado le sobrevino también una suave sensación de indolente placidez. Y cuando, después de comer, su mermada voluntad le obligó a hacer un pálido intento de despedirse, sin mucho esfuerzo ella lo retuvo alegando el opresivo sopor de la tarde.

Y, sonriendo, le recriminó su prisa, que se mostrara cicatero con unas pocas horas. Si había estado vacilando durante meses, no podía contar con que sólo le quedaba un día. Y con su extraña sonrisa volvió a insistir una y otra vez en que estaba sola en la casa, totalmente sola. Al hacerlo, su mirada taladró, anhelante, la suya. También a él le embargó una extraña inquietud. El vino había despertado en él sordos deseos, y su sangre, al rojo por el voraz calor del sol, golpeaba en sus venas provocando una rara turbación que se fue apoderando cada vez más de su pensamiento. Y cuando de pronto ella acercó su rostro al suyo y él aspiró el seductor perfume de sus cabellos, la atrajo hacia sí y la besó en un tempestuoso delirio. Y ella no lo apartó...

Y él olvidó su sagrado anhelo, y sólo pensó en aquella a la que tuvo en sus brazos enfervorecidos durante una larga y bochornosa tarde de verano.

Sólo el crepúsculo lo sacó de su paroxismo. Brusco, casi hostil, se zafó de los brazos de ella, pues la idea de que podía haber perdido al Mesías por culpa de una mujer le llenó de espanto y lo enfureció. Con precipitación cogió su ropa, agarró el bastón y abandonó la casa, esbozando únicamente un mudo gesto de despedida, pues presintió que no debía darle las gracias a aquella mujer.

A toda prisa, sin parar, se dirigió hacia Jerusalén. La tarde ya había caído, y en cada tronco y en cada rama temblaba un murmullo, como si un oscuro misterio colmara la tierra. A lo lejos, allí donde se encontraba la ciudad, había un par de nubes sombrías y cargadas que lentamente comenzaron a arder en el arbol. Y en cuanto reconoció aquella deslumbrante señal en el cielo, su corazón se sobresaltó con un miedo repentino e incomprensible.

Jadeante, dejó atrás lo que le quedaba por recorrer. Tenía ya la meta ante sus ojos, pero seguía pensando que había sido infiel a su misión por culpa de un placer fugaz. La sorda pesadez que sentía en su corazón no cedió, aun cuando ya veía las claras murallas y las torres relucientes de la ciudad santa, junto con las brillantes almenas del templo.

Tan sólo en una ocasión se detuvo en su caminata. Cerca de la ciudad, sobre una colina baja, vio a un nutrido grupo de gente que se apretaba confusa y que armaba tal barullo que sus voces

podían escucharse incluso desde lejos. Sobre ellos se elevaban tres cruces que, negras y afiladas, se recortaban contra la pared del cielo, que sin embargo se veía inundada por un luminoso rescoldo, como si el mundo entero estuviera desbordado por el reflejo de unas llamas brillantes y sumergido en un brillo amenazador. Las lanzas relucientes de los mercenarios ardían al rojo, como si estuvieran manchadas de sangre...

Un hombre vino hacia él por el camino desierto, avanzando sin rumbo, agitado. Le preguntó qué era lo que ocurría allí, para, en el instante siguiente, quedarse asombrado de un modo inaudito, pues el rostro que el desconocido alzó del suelo estaba tan deformado por el miedo y tan atónito como si le hubiera alcanzado un súbito golpe. Y antes de que el que acababa de preguntar pudiera recuperarse, el otro se marchó de allí mostrando una salvaje desesperación, como perseguido por demonios. Sorprendido, le llamó dando voces. El desconocido no se volvió, sino que siguió corriendo sin parar. Le pareció reconocer en él a un hombre de Jericó llamado Judas Iscariote, aunque no comprendió su extraña conducta.

Preguntó también al siguiente hombre que pasó por el camino, pero tenía prisa y se limitó a decirle que acababan de crucificar a tres criminales a los que había condenado Poncio Pilatos. Y antes de que pudiera seguir preguntándole, ya se había marchado.

Después, él también prosiguió su camino hacia Jerusalén. Echó todavía una ojeada en dirección a la colina que parecía cubierta de nubes de sangre, y miró a los tres crucificados. Al de la derecha, al de la izquierda y, por último, al del centro. Pero ya no fue capaz de reconocer su semblante.

Y, distraído, pasó de largo y caminó hacia la ciudad para ver el rostro del Redentor.

# **UN SER HUMANO INOLVIDABLE**

UNA VIVENCIA



Sería desagradecido por mi parte olvidar al hombre que me enseñó dos de las cosas que resultan más difíciles en esta vida. En primer lugar, y partiendo de una absoluta libertad interior, a no someterse al más fuerte de los poderes de este mundo, el del dinero. Y en segundo lugar, a vivir entre nuestros semejantes sin crearse siquiera un solo enemigo.

Conocí a este ser humano extraordinario de una manera muy sencilla. Una tarde—yo vivía por entonces en una ciudad pequeña—saqué a mi *spaniel* a dar un paseo. De pronto, el perro empezó a comportarse de un modo singular. Se revolcaba por el suelo, se restregaba contra los árboles y, al hacerlo, aullaba y gruñía sin cesar.

Aún muy sorprendido por lo que podía ocurrirle, me di cuenta de que alguien caminaba junto a mí. Un hombre de unos treinta años, pobremente vestido, sin cuello de camisa ni sombrero. Un mendigo, pensé. Y me llevé la mano al bolsillo. Pero el extraño, como si fuera un viejo conocido, me sonrió muy tranquilo con sus límpidos ojos azules.

—A ese pobre animal le ocurre algo—dijo señalando al perro—. Ven, lo averiguaremos enseguida.

Me tuteó como si fuéramos buenos amigos. De su persona emanaba una amabilidad tan calurosa que no me escandalicé en absoluto ante aquella confianza. Le seguí hasta un banco y me senté junto a él, que llamó al perro con un agudo silbido.

Y ahora viene lo más curioso. Mi *Kaspar*, por lo general muy desconfiado frente a cualquier extraño, se acercó y, obediente, colocó su cabeza sobre las rodillas del desconocido. El hombre, con sus dedos largos y sensibles, se puso a examinarle el pelaje. Por fin dejó escapar un aliviado «Ajá», y después llevó a cabo una operación al parecer bastante dolorosa, pues *Kaspar* aulló varias veces. A pesar de ello, no hizo ademán de echar a correr. Y de pronto el hombre lo volvió a dejar libre.

—Aquí lo tenemos—dijo riendo, y mantuvo algo en alto—. Ahora puedes volver a saltar, perrito.

Mientras el animal se alejaba, el desconocido se levantó, se despidió con una inclinación de cabeza y siguió su camino. Se alejó tan deprisa que ni siquiera tuve tiempo de ofrecerle algo por las molestias que le hubiera causado, por no hablar de darle las gracias. Con el mismo aire natural y resuelto con que había surgido, desapareció.

Cuando llegué a casa, no pude dejar de pensar en el extraño comportamiento de aquel hombre y hablé a mi vieja cocinera del encuentro.

—Era Anton—me dijo—. Tiene buen ojo para esas cosas.

Le pregunté cuál era la profesión de aquel hombre y a qué se dedicaba para ganarse el sustento. Como si mi pregunta fuera algo asombroso, respondió:

—A nada. ¿Una profesión? ¿Qué iba a hacer él con una profesión?

—Bueno, está bien—concedí—. Pero, al fin y al cabo, todo el mundo tiene que vivir de alguna ocupación.

—Anton no—repuso ella—. Todo el mundo le da lo que necesita. El dinero le trae sin cuidado. No le hace falta.

En efecto, se trataba de un caso singular. En aquella ciudad pequeña, como en cualquier otra ciudad pequeña del mundo, había que pagar cada pedazo de pan y cada vaso de cerveza con dinero. Tenía uno que pagar su alojamiento y su ropa. ¿Cómo lograba aquel hombre insignificante, con sus pantalones rotos, eludir aquella ley tan arraigada e ir viviendo dichoso y libre de preocupaciones?

Decidí averiguar el secreto de su actividad, y muy pronto comprobé que mi cocinera estaba en lo cierto. Verdaderamente, Anton no tenía una ocupación concreta. Se contentaba con vagabundear desde por la mañana temprano hasta la noche por la ciudad, al parecer sin rumbo, aunque con su mirada despierta lo observaba todo. Así, detenía al cochero de un carro y le llamaba la atención sobre el hecho de que su caballo estaba mal enganchado. O se daba cuenta de que un poste de una valla se había podrido. Entonces llamaba al propietario y le aconsejaba que mandara repararla. La mayor parte de las veces le encargaban el trabajo a él, pues se sabía que nunca daba consejo por afán de lucro, sino movido por una sincera amabilidad.

¡A cuánta gente no le habré visto echar una mano! En una ocasión me lo encontré arreglando zapatos en el taller de un zapatero. Otra vez le vi como camarero suplente en una velada. Otra, llevando a unos niños de paseo. Y descubrí que todo el mundo recurría a Anton en casos de necesidad. Sí, un día lo vi en el mercado, sentado entre las dependientas, vendiendo manzanas, y me enteré de que la dueña del puesto acababa de dar a luz y le había pedido que la sustituyera.

En todas las ciudades hay sin duda mucha gente que se encarga de hacer cualquier trabajo. Pero lo extraordinario en el caso de Anton era que, por dura que fuera la tarea, siempre se negaba con decisión a tomar más dinero del que necesitaba para un día. Y si en aquel momento le iba bien, entonces no aceptaba pago alguno.

—Vendré a verle—decía—cuando de verdad necesite algo.

Pronto tuve claro que aquel hombre pequeño y singular, servicial y tan harapiento, había inventado él solo un sistema económico totalmente nuevo. Contaba con la honestidad de sus semejantes. En lugar de ingresar dinero en la caja de ahorros, prefería crearse en su entorno un crédito de obligaciones morales. Había invertido un pequeño capital en bienes por así decir intangibles. E incluso a las personas de corazón más frío les resultaba imposible sustraerse al sentimiento de compromiso con respecto a aquel hombre que prestaba sus servicios como si se tratara de un favor amistoso, sin exigir nunca un pago por ello.

Bastaba ver a Anton por la calle para comprender hasta qué punto se le apreciaba. Todo el mundo le saludaba con afecto. Todos le daban la mano. El hombre sencillo y franco, con su traje raído, deambulaba por la ciudad como si fuera un terrateniente que, con carácter tolerante y cordial, vigila sus posesiones. Todas las puertas se le abrían. Y podía sentarse a cualquier mesa. Todo estaba a su disposición. Jamás he comprendido tan bien el poder que puede ejercer un hombre que, en lugar de preocuparse por el mañana, se limita a confiar en Dios.

A decir verdad, debo confesar que al principio me irritó que, tras el episodio con mi perro, el tal Anton se limitara a saludarme al pasar con una pequeña inclinación de cabeza, como si para él yo no fuera más que un desconocido cualquiera. Era obvio que no quería que le diera las gracias por su pequeño servicio. Pero a mí aquella cortés despreocupación me hizo sentirme excluido de una gran comunidad amistosa. De modo que cuando por fin se presentó la ocasión de reparar algo en mi casa—goteaba agua de uno de los porosos canalones del tejado—, le encargué a mi cocinera que mandara buscar a Anton.

—No se le puede ir a buscar así sin más. Nunca se detiene mucho tiempo en el mismo lugar.

Pero puedo avisarle.

Ésa fue su respuesta. Así me enteré de que aquel ser humano extraordinario no tenía casa. A pesar de ello, nada era más fácil que localizarle. Una especie de telégrafo sin hilos parecía comunicarle con toda la ciudad. Al primero con el que uno se encontrara se le podía decir:

—Ahora necesitaría ver a Anton.

El encargo pasaba entonces de boca en boca, hasta que alguien se lo encontraba por casualidad. De hecho, aquella misma tarde se presentó en mi casa. Dejó vagar en derredor su mirada de experto y, al pasar por el jardín, dijo que allí había que podar un seto y que más allá convenía plantar un árbol. Por fin examinó el canalón y se puso manos a la obra.

Dos horas después me dijo que aquello ya estaba arreglado, y que se marchaba. De nuevo, antes de que yo pudiera darle las gracias. Pero esta vez, al menos, le había encomendado a la cocinera que le pagara como es debido. Así que me informé sobre si Anton había quedado satisfecho.

—¡Pues claro!—contestó ella—. Siempre está satisfecho. Fui a darle seis chelines, pero sólo cogió dos. Que con eso se arreglaba para hoy y mañana. Pero me preguntó si al señor le sobraba algún abrigo viejo...

Me resulta difícil describir el placer que sentí al ver que se me brindaba la oportunidad de cumplir un deseo de aquel hombre. Al fin y al cabo, era la primera persona que conocía que tomaba menos de lo que se le ofrecía. Corrí tras él.

—¡Anton! ¡Anton!—grité, corriendo cuesta abajo—. ¡Tengo un abrigo para ti!

De nuevo mis ojos se toparon con su mirada radiante y serena. No parecía sorprendido en absoluto por el hecho de que yo hubiera corrido tras él. Para Anton era algo por completo natural que un hombre que poseía un abrigo de más se lo regalara a otro al que le hacía mucha falta.

Mi cocinera tuvo que sacar todas mis prendas viejas. Anton observó la pila de ropa, extrajo un abrigo, se lo probó y, muy tranquilo, dijo:

—¡Éste me vendría bien!

Lo hizo con el gesto de un señor que en un comercio encuentra lo que busca entre los productos que están a la venta. Después echó un vistazo a las demás prendas.

—Estos zapatos se los podrías regalar a Fritz, el de la Salsergasse. Necesita un par. Y esas camisas de ahí, a Joseph, el de la Hauptstrasse. Se las podría arreglar. Si te parece bien, llevo estas cosas en tu lugar.

Lo dijo con el tono magnánimo de una persona que espontáneamente le hace un favor a otra. Tuve la impresión de que debía darle las gracias por el hecho de que quisiera repartir mis cosas entre personas a las que yo no conocía de nada. Recogió los zapatos y las camisas y añadió:

—La verdad es que, regalando todo esto, eres un tipo decente.

Y desapareció.

Lo cierto es que ninguna de las elogiosas reseñas que han dedicado a alguno de mis libros me ha deparado tanta alegría como aquel modesto cumplido. Años después no he podido evitar pensar con frecuencia en Anton lleno de gratitud, pues apenas he conocido a nadie que me haya prestado nunca tanta ayuda moral. A menudo, cuando me inquietaba por pequeños problemas de dinero, pensaba en aquel hombre que vivía al día, tranquilo y confiado, pues jamás quiso más de lo que bastaba para una jornada. Aquello siempre me llevó a la misma reflexión. Si todo el mundo confiara en los demás, no habría policía, ni juicios, ni cárceles... ni dinero. ¿No sería mejor,

teniendo en cuenta lo complicada que es nuestra vida en el plano económico, que todos viviéramos como aquel hombre, que siempre lo daba todo y, sin embargo, tan sólo tomaba lo que le resultaba absolutamente necesario?

Durante muchos años no he vuelto a saber nada de Anton. Pero apenas puedo imaginar a nadie por quien haya que preocuparse menos. Dios no le abandonará nunca. Y lo que es aún más raro: tampoco lo harán sus semejantes.

# **DOS SOLITARIOS**

Como una ancha y oscura corriente, la masa de los trabajadores de la fábrica, que se movía con rapidez, se apiñó al pasar a través del portón. En la calle, el gentío se detuvo un instante, intercambiando palabras de despedida y fugaces apretones de mano. Después los diferentes departamentos caminaron hacia sus lugares de residencia para ir dispersándose por el camino en grupos cada vez más pequeños. Tan sólo avanzaron todos juntos por la amplia carretera que conducía hacia la ciudad, un amasijo apretado y colorido de voces fuertes y alegres que se fueron extinguiendo en una única e indistinta algarabía. Resaltaba la aguda risa de las muchachas, un sonido más claro, unas octavas más alto, que como una campana de plata vagara a lo lejos en el silencio de la noche.

Bastante alejado, tras la compacta multitud, un trabajador avanzaba solo. Aún no era viejo y tampoco débil, pero no podía mantener el ritmo de los demás, pues su pie tullido no le permitía ir tan deprisa. A lo lejos resonaban las voces alegres. Él escuchaba, sin que el ánimo divertido de aquella agrupación le resultara doloroso. Hacía tiempo que su dolencia le había hecho acostumbrarse a estar solo, y en la soledad se había convertido en un reservado filósofo que se tomaba la vida con el desapego del que sabe lo que es la renuncia.

Cojeando despacio, siguió adelante. De los oscuros campos que yacían en la distancia fluía el aroma pleno y cálido de la inminente sazón que la fría niebla de la noche no era capaz de ahogar. Allá, en la lejanía, las risas habían enmudecido. De cuando en cuando aún chirriaba un grillo solitario. Por lo demás, por todas partes reinaba el silencio, ese silencio hondo y triste en el que los pensamientos reprimidos comienzan a hablar.

De pronto aguzó el oído. Le pareció como si hubiera escuchado a alguien sollozar. Acechó el silencio. No se oía nada, como en un sueño sin sueño. Pero al instante siguiente volvió a escuchar el lamento, esta vez más impetuoso y afligido. Y a la incierta luz del crepúsculo vio en la calle una silueta sentada llorando sobre un montón de raíles apilados unos encima de otros. En un principio quiso seguir su camino sin prestarle atención, pero a medida que se fue acercando reconoció a la chica que gimoteaba sin cesar.

Era una obrera de la fábrica en la que él mismo trabajaba. La conocía de allí. Todos se referían a ella como «la birriosa Jula», pues su fealdad era tan llamativa que le habían puesto aquel nombre que ya llevaba desde su más temprana infancia. Su rostro era tosco e irregular, y para colmo el color de su piel era de un amarillo tan sucio y desaseado que producía un efecto repugnante. A ello había que añadir la evidente falta de armonía de su figura, un torso descarnado tan escuálido como el de un niño, al que arrastraban unas caderas anchas y un tanto deformes. Lo único hermoso en ella eran sus ojos tranquilos, brillantes, que devolvían todas las miradas de desprecio y de asco con dulce resignación.

Él mismo había sufrido ya demasiado en silencio como para poder seguir su camino sin apiadarse. Se acercó a ella y le puso la mano en el hombro para reconfortarla.

Pero ella, como si la hubieran sacado de un sueño, se sobresaltó:

—¡Déjame!

No sabía con quién hablaba y sólo había gritado desde su salvaje dolor. Pero en cuanto

reconoció al extraño se tranquilizó. Se había fijado en él porque era uno de los pocos que en la fábrica no se había burlado nunca de ella. Rechazándole, murmuró:

—Déjame. Ya me las arreglo yo sola.

Él no contestó, sino que se sentó junto a ella. Sus quejidos se volvieron cada vez más intensos y espasmódicos. Tratando de consolarla, le dijo:

—No seas así, Jula. Llorando, las cosas no van a mejorar.

Ella guardó silencio. Con cuidado, él le preguntó:

—¿Qué es lo que te han hecho esta vez?

Ella se repitió la pregunta a sí misma gritando. La sangre le golpeó en las mejillas con fuerza, y sus palabras se atropellaron a medida que le iba contando lo sucedido con furia:

—A la salida del trabajo, mientras caminábamos de vuelta a casa, han hablado de lo que iban a hacer mañana domingo. Pensaban ir al campo, a los pueblos de los alrededores. Uno hizo la propuesta, y enseguida todos estuvieron de acuerdo. Y cuando contaban los votos, fui tan tonta que levanté también la mano. Naturalmente, todos se echaron a reír y empezaron de nuevo con sus maldades y sus burlas, y lo hicieron con más saña que nunca, hasta que al final me he puesto furiosa. Y... No sé qué me ha pasado, pero se me ha acabado la paciencia y de pronto les he soltado en las narices que eran unos desgraciados. Y entonces... Entonces me... Me han pegado.

De nuevo fue presa de sollozos entrecortados. Él, conmovido en lo más hondo, sintió la necesidad de dirigir unas palabras a aquella pobre criatura. Y para aliviar su dolor, empezó a hablarle de su propia desgracia.

—Mira, Jula, una cosa así no hay que tomársela tan a la tremenda. Mañana irás también al campo sola. Hay otros que tampoco pueden ir con los demás al campo el domingo. Que ni siquiera pueden salir solos, porque los pies apenas les llevan desde la fábrica hasta la ciudad. A ellos, que tienen que ir siempre renqueando y que encima tienen que hacerlo solos, porque a todos les resulta demasiado aburrido caminar junto a ellos, la vida tampoco les resulta fácil. No debes tomártelo tan mal, Jula. ¡Por una pandilla de imbéciles como ésos!

Ella le contestó impetuosa, pues no quería que le escatimaran su dolor. No quería renunciar a la felicidad del martirio que siente cualquier persona que sufre.

—No son ellos los que me hieren. Es todo, la vida entera. A veces, cuando me pongo a pensar en mí misma, yo misma me veo repugnante. ¿Por qué soy tan birriosa? No puedo evitarlo. Y llevo toda mi vida soportándolo. Ya de niña tuve que ver cómo se reían de mí. Por eso nunca quise jugar con otros niños, porque les tenía miedo y porque me daban envidia.

Escuchó temblando mientras ella le revelaba aquel sufrimiento que comprendía tan bien, pues el dolor acumulado durante miles de horas de angustia, que ya creía muerto, despertó otra vez de su modorra. Se había olvidado por completo de que su intención era consolarla. Sin querer, también él le habló de su propio destino, pues había encontrado en ella a una persona que podía entenderle. Empezó con voz queda:

—Érase también una vez alguien a quien le hubiera gustado jugar con los demás, pero que no podía. Mientras los otros alborotaban, corrían y saltaban, él siempre iba detrás cojeando con dificultad y siempre llegaba tarde. Y fue siempre un ser indefenso y torpe, de modo que los demás se reían de él. Tal vez él lo tuvo aún peor que tú con tus piernas sanas, pues a pesar de todo aún te pertenece el mundo entero.

La compasión de ella fue en aumento. Sintió que el dolor de toda su vida emergía de las

profundidades.

—Nadie lo ha pasado tan mal como yo. No conocí a mi madre. Nadie me ha dicho nunca una sola palabra amable. Mientras todas las demás chicas van con su amado, yo estoy siempre sola. Y encima me doy cuenta de que siempre será así y de que siempre ha de ser así, aun cuando una siente como todas las demás. Dios mío, si supiera por qué es así.

Lo que nunca le habían dicho a nadie, lo que apenas se habían confesado a sí mismos, aquellos dos seres, que seguían siendo prácticamente extraños, se lo revelaron el uno al otro. Cada uno de los gritos que salían del alma de ella encontró eco, pues ambos estaban unidos en el sufrimiento. Él le contó que nunca había tenido novia, porque con aquel pie que le hacía cojear lentamente no podía acercarse a hablar con ninguna chica y porque ninguna quería tomarse la molestia de caminar junto a él. Que estaba abocado a malgastar su salario semanal con las prostitutas callejeras. Y que cada día se sentía más triste y más hastiado de la vida.

El sonido de unos pasos que se acercaban interrumpió aquellas afligidas confesiones. Varias personas pasaron de largo. Sus sombras sólo se reconocían con dificultad. En cuanto hubieron desaparecido, él se levantó y, sin más, dijo con voz suplicante:

—Ven.

Se fue con él. Había oscurecido por completo. Él ya no podía ver su rostro. Ella no se dio cuenta de que, perdida en su dulce dolor, había ajustado su paso al de él. Así caminaron los dos juntos, despacio. A aquellos dos solitarios acababa de embargarles un ciego sentimiento de comprensión, como una dicha. Hablaban en voz cada vez más baja. Sus palabras se volvieron cada vez más tiernas. Y tuvieron que caminar muy cerca el uno del otro para poder entenderse.

Y de pronto ella, con una sorda sensación de felicidad, notó que la mano de él se posaba en torno a sus anchas y deformes caderas, palpándolas con una suave y delicada caricia...